III

Tres días más tarde, estaban cumplidas todas las formalidades, y la prefectura aceptaba a Florencio a propuesta del señor Verlaque, casi con los ojos cerrados, y con el mero título de substituto; por otra parte, Gavard había querido acompañarles. Una vez que se encontró el pollero solo con Florencio, sobre la acera, le dió unos codazos en los costados, riendo sin pronunciar palabra, con guiños de ojos picarescos en grado sumo. Los agentes de policía a quienes encontraron en el muelle del Reloj le parecieron sin duda la mar de ridículos; porque, al pasar por delante de ellos, dejó ver Gavard una leve hinchazón de espaldas, un mohín de hombre que se contiene para no estallar en carcajadas en las mismas narices de la gente.

A partir del siguiente día, el señor Verlaque comenzó a poner al nuevo inspector al corriente de su trabajo. Por espacio de algunas mañanas, tenía que servirle de guía por medio de la turbulenta gente que en adelante tendría que vigilar Florencio. Aquel pobre Verlaque, como le llamaba Gavard, era un hombrecillo pálido, que tosía mucho; iba forrado en franelas, en pañuelos, en bufandas, y se paseaba por medio de la humedad

fresca y de las aguas corrientes de la pescadería con delgadas piernas de niño enfermizo.

La primera mañana, cuando llegó Florencio a las siete, se encontró perdido, con los ojos trastornados y la cabeza loca. Alrededor de los nueve bancos de subastas rodaban ya algunas revendedoras, en tanto que los empleados llegaban con sus registros, y que los agentes de los expedidores, que llevaban en bandolera unas escarcelas de cuero, aguardaban la recaudación, sentados en sillas derribadas, pegadas a los despachos de venta. Descargábase en tanto, se desembalaba el pescado, en el recinto cerrado de los bancos y hasta sobre las aceras. Veíase, a lo largo del gran cuadrado, un enorme amontonamiento de pequeñas espuertas, una llegada continua de cajas y banastas, sacos de mejillones apilados, que dejaban fluir regueros de agua. Los contadores-vaciadores, muy atareados, pasando por encima de los montones, arrancaban de una manotada la paja de las cestas, las vaciaban y las tiraban vivamente; y sobre las anchas canastas redondas, con un solo manotón, distribuían los diversos lotes. Cuando se desparramaron las cestas, pudo creer Florencio que un banco de pescados acababa de estrellarse allí, sobre aquella acera, coleando todavía, con sus rosados nácares, sus sangrientos corales, sus lechosas perlas, con todos los jaspeados y todas las palideces glaucas del Océano.

En completa mescolanza, al azar de la redada, las profundas algas en las que duerme la misteriosa vida de las grandes aguas, lo habían entregado todo; las cabillas, las platijas, peces vulgares, de color gris sucio con manchas blancuzcas; los congrios, esas gruesas culebras de azul fangoso, de pequeños ojos negros, tan viscosos

que parecen reptar, vivientes todavía; las ensanchadas rayas, de vientre pálido ribeteado de débil rojo, cuyos dorsos soberbios, alargando los salientes nudos del espinazo, se jaspean, hasta las púas extendidas de las aletas, de placas de cinabrio cortadas por líneas de bronce florentino, de un abigaramiento sombrío de sapo y de flor malsana; los perros de mar, horribles, con sus cabezas redondas, sus bocas ampliamente abiertas de ídolos chinos, sus cortas aletas de carnosos murciélagos, monstruos que deben de custodiar con sus ladridos los tesoros de las grutas marinas. Después venían los pescados hermosos, aislados, uno en cada cesto de mimbre; los salmones, de plata torneada, cada una de cuyas escamas parece un golpe de buril en el pulimento del metal; los mujoles, de escamas más fuertes, de cinceladuras más groseras; los grandes rodaballos, los grandes meros, de granos apretados y blancos como cuajada leche; los atunes, bruñidos y barnizados, semejantes a sacos de cuero negruzco; los redondeados labros, que abrían una boca enorme, haciendo pensar en algún alma demasiado grande, devuelta de una vez en la estupefacción de la agonía.

Y por todas partes, los lenguados, por parejas, grises o rubias, pululaban; las delgadas esquilas, rígidas, parecían limaduras de estaño; las sardinas arenques, ligeramente encorvadas, mostraban todos, bajo sus ropajes de hojas, las contusiones de sus sangrientas agallas; las gordas doradas se teñían un punto de carmín, en tanto que las caballas, doradas, con el dorso estriado por verdosos bruñidos, hacían relucir el tornasolado nácar de sus costados, y las rosadas triglas, de vientres blancos, con las cabezas dirigidas al centro de las canastas, con las colas radiantes, esparcían extrañas floraciones, empenachadas de blanco de perla y de bermellón vivísimo. Había también salmonetes de roca, de exquisita carne, del rojo iluminado de los ciprinos, cajas de pescadillas de reflejos de ópalo, cestas de eperlanos, cestitas limpias, bonitas como cestas de fresas, que dejaban escapar un poderoso olor de violetas. Entretanto, los langostinos rosados, los langostines grises, en otras canastas, ponían, en medio de la dulzura de sus montones, los imperceptibles botones de azabache de sus millares de ojos; las espinosas langostas, los cangrejos atigrados de negro, vivos aún, y arrastrándose sobre sus rotas patas, crujían.

Florencio escuchaba mal las explicaciones que le daba el señor Verlaque; una línea de sol, que caía desde la elevada claraboya de la calle cubierta, fué a alumbrar aquellos colores preciosos, desleídos y como suavizados por las ondas, irisados y fundidos en los tonos de carne de las conchas, en el ópalo de las pescadillas, en el nácar de las caballas, en el oro de los samonetes, en el hojoso ropaje de las sardinas arenques, en las grandes piezas de argentería de los salmones. Parecía aquello como si se hubieran derramado por el suelo los estuches de joyas de alguna hija de las aguas, de aderezos inauditos y rarísimos; un chorreo, un amontonamiento de collares, de brazaletes monstruosos, de broches gigantescos, de joyas bárbaras cuyo uso no se adivinaba. Sobre el dorso de las rayas y de los perros de mar, gruesas piedras sombrías, violáceas, verdosas, se engarzaban en ennegrecidos metales; y las débiles líneas de las esquilas, las colas y las aletas de los eperlanos, tenían delicadezas de joyería finísima.

Pero lo que subía hasta el rostro de Florencio

era un soplo fresco, un viento de mar que recordaba muy bien, amargo y salado. Traía a la memoria el recuerdo de las costas de la Guayana, los buenos tiempos de la travesía. Parecíale que era aquello una bahía, cuando se retiran las aguas y humean las algas al sol; las rocas, puestas al descubierto, se secan, y la grava exhala un hálito fuerte de pescado fresco. A su alrededor, toda aquella variedad de peces, de grandísima frescura, tenía un buen aroma, ese aroma un tanto áspero e irritante que estraga el apetito.

El señor Verlaque tosió. La humedad le penetraba hasta los huesos, y le hacía esconderse más en su bufanda.

—Ahora—dijo,—vamos a pasar al pescado de agua dulce.

Allá, por el lado del pabellón de las frutas, y el último en dirección a la calle de Rambuteau, el banco de la subasta está rodeado de dos viveros circulares separados en departamentos distintos por verjas de hierro fundido. Unos grifos de cobre, en forma de cuello de cisne, arrojan sin cesar delgados hilillos de agua. En cada departamento, se ven confusos hormigueros de cangrejos, movibles lienzos de los negruzcos dorsos de las carpas, vagos nudos de anguilas, sin cesar atados y desatados. El señor Verlaque volvió a ser acometido por pertinaces golpes de tos. La humedad era más sosa, como un olor blanducho de río, de agua tibia dormida sobre la arena.

La llegada de los cangrejos de Alemania, en cajas y canastos, era muy grande aquella mañana. Los pescados blancos de Holanda y de Inglaterra atestaban también el mercado. Desembarcaban las doradas carpas del Rhin, tan hermosas con sus rojeces metálicas, y cuyas placas de escamas parecían esmaltes divididos en celdillas y bronceados; los grandes lucios, alargando sus feroces picos, bandoleros de las aguas, rudos, de un color gris de hierro; las tencas, sombrías y magníficas, semejantes a rojo cobre manchado de cardenillo. En medio de ellos, cestas de gubios y de percas, lotes de truchas, montones de brecas comunes, pescados vulgares cogidos con esparavel, adquirían blancuras vivas, dorsos azulados de acero suavizándose poco a poco en la transparente palidez de los vientres; y los grandes barbos, de blanco de nieve, eran la nota aguda de luz en aquella colosal naturaleza muerta. Despacito, iban vertiendo en los víveres sacos de carpas jóvenes; las carpas giraban sobre sí mismas, permanecían un instante sobre uno de los costados, y después desfilaban, se perdían. Cestas de pequeñas anguilas eran vaciadas de golpe, y caían en el fondo de los departamentos como un solo nudo de serpientes; al paso que las gruesas, las que tenían el espesor de un brazo de niño, levantando la cabeza, se deslizaban ellas mismas bajo el agua, con el hábil impulso de las culebras que se esconden bajo una maleza. Y, acostados sobre el manchado mimbre de las cestas, otros pescados, cuya agonía duraba desde la mañana, acababan de morir lentamente, en medio del estrépito de las subastas; abrían la boca, con los costados oprimidos, como para beber la humedad del aire; y con silenciosos hipos, cada tres segundos, bostezaban desmesuradamente.

Entretanto, el señor Verlaque había vuelto a conducir a Florencio a los puestos del pescado de mar. Le paseaba por allí, le daba detalles complicadísimos. En los tres costados interiores del pabellón, alrededor de las nueve oficinas, se habían amontonado oleadas de muchedumbre, que

formaban en cada borde pilas de movibles cabezas, dominadas por los empleados, sentados en alto, y escribiendo sobre los registros.

—Pero — preguntó Florencio, — esos empleados ¿pertenecen todos a los factores?

Entonces el señor Verlaque, dando la vuelta por la acera, le llevó al recinto de uno de los puestos de subasta. Le explicó los departamentos y el personal de la gran oficina de madera amarilla, oliendo a pescado, manchada por las salpicaduras de las cestas. En todo lo alto, en una especie de garita, acristalada, el agente de los ingresos municipales tomaba nota de las cifras de las pujas. Más bajo, en elevadas sillas, con los puños apoyados en estrechos pupitres, estaban sentadas las dos mujeres que tenían las tablilas de venta por cuenta del factor. El banco es doble; a cada lado, en un extremo de la mesa de piedra que se extiende delante de la oficina, un subastador depositaba las cestas, poniendo precio a los lotes y a las piezas grandes; en tanto que la mujer de la tablilla, por cima de él, con la pluma en la mano esperaba la adjudicación. Y el señor Verlaque mostró a Florencio, fuera del recinto, allí enfrente, en otra garita de madera amarilla, a la cajera, una mujer vieja y enorme, que arreglaba los montones de calderilla y de piezas de cinco francos.

—Hay dos inspecciones—decía el señor Verlaque.—La de la prefectura del Sena y la de la prefectura de policía. Esta última, que nombra los factores, pretende tener el encargo de vigilarlos. La administración del Ayuntamiento, por su parte, entiende que ha de asistir a las transacciones, que grava con un impuesto.

Y continuó con su vocecilla fría, refiriendo con toda prolijidad la disputa entre las dos prefecturas. Florencio no le hacía gran caso. Contemplaba a la mujer de la tablilla que frente a sí tenía, en una de las sillas altas. Era una mujer alta y morena, de treinta años, con grandes ojos negros y aspecto muy grave; escribía, con los dedos alargados, como una señorita que ha recibido instrucción.

Pero pronto le separó de ella la atención el berrear del subastador, que exponía a las pujas un magnífico rodaballo.

—¡Hay postor a treinta francos!... ¡A treinta francos!... ¡Treinta francos!

Y repetía la cantidad en todos los tonos, subiendo en una gama extraña, llena de sobresaltos. Era jorobado, con el rostro de través, espeluznados los cabellos, con un gran delantal azul de barbero. Y con el brazo extendido, violentamente, lanzando llamas por los ojos:

—¡Treinta y uno!... ¡Treinta y dos!... ¡Treinta y tres!... Treinta y tres cincuenta!... ¡Treinta y tres cincuenta!...

Tomó aliento dando vuelta a la cesta, haciéndola sobresalir de la mesa de piedra, en tanto que las pescaderas se inclinaban, tocando ligeramente el rodaballo con las yemas de los dedos. Después el jorobado volvió a empezar con nueva furia, lanzando con la mano una cifra a cada postor, sorprendiendo los menores ademanes, los dedos levantados, el enarcar de las cejas, el avanzar de los labios, el entornar de ojos; y esto con tal rapidez, con tales chapurreos, que Florencio, que no podía seguirle, se quedó desconcertado cuando el hombre, con voz más cantante, salmodió, con tono de chantre que termina un versículo:

—¡Cuarenta y dos! ¡Cuarenta y dos! ¡A cuarenta y dos francos el rodaballo!

Era la bella Normanda la que había hecho la última puja. Florencio la conoció entre la fila de pescaderas, colocadas de espalda a los barrotes de hierro que cerraban el recinto de la almoneda. La mañana era fresca. Veíase allí una hilera de cuellos de pieles, un escaparate de grandes delantales blancos que redondeaban vientres, pechos, hombros enormes. Alto el moño adornadísimo de rizos, blanca y delicada la carne, la hermosa Normanda mostraba su corbata de encaje en medio de las crespas cabelleras tocadas con un pañuelo, de las narices de borrachas, de las bocas insolentemente hendidas, de los rostros angulosos como tiestos rotos. También la Normanda conoció al primo de madame Quénu, sorprendidísima de verle allí, hasta el punto de cuchichear con sus vecinas.

Tal iba siendo el estrépito de las voces, que el señor Verlaque renunció a sus explicaciones. En el gran cuadrado había hombres que voceaban los grandes pescados con prolongados gritos que parecían salir de bocinas gigantescas. Había sobre todo uno que berreaba "Mejillones! ¡Mejillones!" con un clamor ronco y como desgarrado que hacía temblar la techumbre de los Mercados. Los sacos de mejillones, invertidos, fluían en las cestas; otros eran vaciados por medio de una pala. Las canastas desfilaban, con las rayas, los lenguados, las caballas, los congrios, los salmones, llevados y traídos por los contadores-vaciadores, en medio de los berridos que redoblaban y del aplastamiento de las grandes bandejas de mimbre que hacían crujir las barras de hierro. El subastador, el jorobado, encendido, azotando el aire con los delgados brazos, tendía las mandíbulas hacia adelante. Por fin se subió en un escabel, azotado por los rosarios de cifras

que lanzaba a los cuatro vientos, con la boca torcida, los cabellos despeinados por el aire, y sin arrancar ya a su seco gaznate más que un silbido ininteligible. En lo alto, el empleado de los ingresos municipales, un viejecito todo arrebujado en un cuello de imitación astrakán, no mostraba más que la nariz bajo el casquete de terciopelo negro; y la gran tablillera morena, en su elevada silla de madera, escribía sosegadamente, con los ojos tranquilos en el rostro algo enrojecido por el frío, sin pestañear siquiera, al oir los berridos de carraca del jorobado, que subían a lo largo de su falda.

—Ese Logre es soberbio—dijo entre dientes el señor Verlaque sonriendo.—Es el mejor subastador del Mercado... Sería capaz de vender suelas de zapatos por pares de lenguados.

Volvió con Florencio al pabellón. Al pasar de nuevo por delante de la subasta del pescado de agua dulce, en donde las pujas eran más frías, le dijo que aquella venta bajaba, que la pesca fluvial en Francia se encontraba muy comprometida. Un subastador, rubio y canijo, sin hacer un ademán, adjudicaba con voz monótona lotes de anguilas y cangrejos; en tanto que, a lo largo de los viveros, los contadores-vaciadores iban pescando con redes de cortos mangos.

Entretanto, aumentaba el bullicio en torno de las oficinas de venta. El señor Verlaque cumplía a conciencia su papel de instructor, abriéndose paso a codazo limpio, y seguía paseando a su sucesor por lo más compacto de las subastas. Las grandes revendedoras estaban allí, sosegadas, esperando las piezas hermosas y cargando sobre los hombros de los portadores los atunes, los salmones, los rodaballos. En el suelo, las vendedoras ambulantes se dividían cestas de sardinas y

de platijas, compradas en comunidad. También había burgueses, algunos rentistas de los barrios apartados, que habían llegado a las cuatro de la mañana para comprar un pescado fresco, y que acababan por dejarse adjudicar un lote enorme, por valor de cuarenta o cincuenta francos, para pasar después el día entero ocupados en ceder parte de él a las personas conocidas. A veces había empujones que separaban bruscamente a la muchedumbre. Una pescadera, demasiado apretujada, se desprendió, con los puños levantados e hinchado el cuello. Después se formaban compactas paredes. Entonces Florencio, que se ahogaba, declaró que había visto ya bastante, que había comprendido.

Cuando el señor Verlaque le ayudaba a desembarazarse de la gente, se encontraron de manos a boca con la hermosa Normanda. Esta se quedó plantada delante de ellos, y con aire de reina:

—¿De modo que denitivamente nos deja usted, señor Verlaque?

—Sí, sí — respondió el hombrecillo. — Voy a descansar al campo, a Clamart. Parece que el olor del pescado me hace mal... Mire usted, este señor es el que me substituye.

Se había vuelto, señalando a Florencio. La bella Normanda se quedó sofocada. Y cuando Florencio se alejaba, creyó oirle decir a media voz, al oído de sus vecinas, entre risas ahogadas:

—¡Ah, bueno! ¡Entonces nos vamos a divertir de lo lindo!

Las pescaderas preparaban sus puestos. En todos los bancos de mármol, los grifos de los rincones fluían a la vez completamente abiertos. Era un ruido de chubasco, un caer de chorros rígidos que sonaban salpicando; y desde el borde de los inclinados bancos caían gruesas gotas, con

murmurio suavizado de manantial, estrellándose en los andenes, por los que corrían pequeños arroyuelos que llenaban como un lago algunos huecos, y después volvían a brotar en mil ramas, bajando la pendiente en dirección a la calle de Rambuteau. Subía una neblina de humedad, un polvillo de lluvia que lanzaba al rostro de Florencio aquel hálito fresco, aquel viento de mar que recordaba, amargo y salado; en tanto que volvía a hallar, en los primeros pescados expuestos sobre el mármol, los rosados nácares, los corales sangrientos, las perlas lechosas, todos los jaspeados y todas las palideces glaucas del Océano.

Aquella primera mañana le dejó muy vacilante. Se arrepentía de haber cedido a las instancias de Lisa. Desde el día siguiente, libertado de la somnolencia grasienta de la cocina, se había acusado de cobardía con violencia tal, que casi le había hecho asomar lágrimas a los ojos. Pero no se atrevió a faltar a la palabra que había dado, porque Lisa le atemorizaba un tanto; veía el frunce de sus labios, el mudo reproche de su hermoso rostro. Considerábala como una mujer demasiado seria y demasiado satisfecha para ser contrariada. Gavard, por fortuna, le inspiró una idea que le consoló. Le llamó aparte el mismo día en que el señor Verlaque le había paseado por medio de las almonedas, y le explicó, con mil reticencias, que "aquel pobre diablo" no era feliz. Después, a continuación de otras varias consideraciones sobre aquel maldito gobierno que mataba de trabajo a sus empleados, sin asegurarles siquiera sobre qué caerse muertos, se decidió a darle a entender que sería muy caritativo el ceder una parte de su sueldo al antiguo inspector. Florencio acogió esta idea con júbilo.

No era sino muy justo, pues él se consideraba como el substituto interino del señor Verlaque; por otra parte, él no necesitaba de nada, pues que comía y dormía en casa de su hermano. Gavard añadió que de los ciento cincuenta francos mensuales, la cesión de cincuenta al señor Verlaque le parecía muy bonita; y, bajando la voz le hizo observar que no duraría mucho tiempo, porque el desgraciado estaba verdaderamente tísico hasta el alma. Se convino en que Florencio vería a su esposa y se entendería con ella, para no ofender al marido. Esta buena acción le consolaba, y aceptaba ya el empleo con un pensamiento de abnegación; seguía desempeñando el papel de toda su vida. Solamente que hizo jurar al comerciante de aves que no hablaría a nadie de aquel arreglo. Como Gavard sentía también una especie de terror vago hacia Lisa, guardó el secreto, cosa muy meritoria.

Entonces, toda la salchichería fué feliz. La bella Lisa se mostraba muy amistosa para con su cuñado; le mandaba a acostarse tempranito para que pudiera levantarse de mañana; le tenía el desayuno bien caliente, y ya no le daba vergüenza hablar con él en la acera, desde que Florencio llevaba gorra con galones. Quénu, entusiasmado con tan buenas disposiciones, no se había sentado nunca a la mesa, entre su hermano y su mujer, tan satisfecho como entonces. La comida se prolongaba con frecuencia hasta las nueve, en tanto que Agustina se quedaba en el mostrador. Era una digestión larga, entrecortada por las historias del barrio, por positivas opiniones dadas por la salchichera acerca de la política. Florencio tenía que decir cómo había ido la venta del pescado. Poco a poco se abandonaba, y llegaba a gozar de la beatitud de aquella

vida reglamentaria. La sala comedor, de amarillo claro, tenía una limpieza y un calorcillo casero que le invadían muellemente desde el umbral. Los cuidados de la bella Lisa parecían poner en torno de él, cálidas plumas en las que se hundían todos sus miembros. Fueron aquéllas horas de estimación y de buena inteligencia absolutas.

Pero Gavard juzgaba demasiado dormido el interior de la casa de los Quénu-Gradelle. Perdonaba a Lisa sus ternuras por el emperador, porque—decía—no se debe nunca hablar de política con las mujeres, y porque la hermosa salchichera era, al fin y a la postre, una mujer honradísima que hacía andar su comercio a las mil maravillas. Sólo que, por gusto, preferiría pasar las veladas en casa del señor Lebigre, en donde encontraba un pequeño grupo de amigos que tenían sus mismas opiniones. Cuando Florencio fué nombrado inspector del pescado, Gavard le pervirtió, se lo llevó consigo durante horas enteras, induciéndole a vivir como un soltero joven, ya que había conseguido un destino.

El señor Lebigre tenía un hermoso establecimiento, de lujo completamente moderno. Situado en la esquina derecha de la calle Pirouette, sobre la calle de Rambuteau, con cuatro pequeños pinos de Noruega en las puertas, en sendos cajones pintados de verde, formaba digna pareja con la gran salchichería de los Quénu-Gradelle. Los claros cristales dejaban ver la sala adornada con guirnaldas de follaje, con pámpanos y racimos sobre fondo verde claro. El enlosado era blanco y negro, formando grandes cuadrados. En el fondo, el bostezante hueco de los sótanos se abría bajo la escalera de caracol, de rojo pasamanos, que conducía al billar del primer piso.

Pero sobre todo el mostrador, a la derecha, era riquísimo, con sus grandes reflejos de cristal pulimentado. El zinc, cayendo sobre el basamento de mármol blanco y rojo, en un alto reborde alabeado, le rodeaba de un paño de metal, como un altar mayor cargado de bordados. En uno de los extremos, las teteras de porcelana para el ponche y el vino caliente, cercadas de cobre, dormían sobre el fogón de gas; en el otro extremo, una fuente de mármol, muy elevada y muy esculpida, dejaba caer perpetuamente en una cubeta un hilillo de agua tan continuo que parecía inmóvil; y en medio, en el centro de los tres declives de zinc, se abría una fuente de refrescar y enjuagar, en donde se veían algunos vasos alineados. Después, el ejército de las copas, ordenado en hileras, ocupaba los dos lados; las copitas para el aguardiente, los vasos gruesos para las bebidas calientes, las copas para las frutas, los vasos de ajenjo, los "chops", los grandes vasos de pie, todos boca abajo, reflejando en su palidez los adornos del mostrador. También había, a la izquierda, una urna de metal blanco montada en un pie que servía de tronco; en tanto que, a la derecha, una urna semejante se erizaba con un abanico de cucharillas.

Ordinariamente, el señor Lebigre se entronizaba detrás del mostrador, sentado en una baqueta de cuerpo rojo acolchado. A mano tenía los licores, frascos de crital tallado, medio hundidos en los huecos de un vasar; y apoyaba su redonda espalda en un inmenso espejo que ocupaba todo el lienzo de pared, atravesado por dos estantes, dos planchas de vidrio que sostenían tarros y botellas. En una de las planchas, los tarros de frutas, las guindas, las ciruelas, los melocotones, ponían sus ensombrecidas manchas; en la otra, entre simétricos paquetes de bizcochos, unas redomas claras, verde pálido, rojo pálido, amarillo pálido, hacían pensar en licores desconocidos, en esencias de flores de limpidez exquisita. Parecía que aquellas redomas estuviesen suspendidas en el aire, relucientes y como iluminadas, sobre la gran claridad blanca del espejo.

Para dar aspecto de café a un establecimiento, el señor Lebigre había colocado, en frente del mostrador, adosadas a la pared, dos pequeñas mesas de hierro barnizado, con cuatro sillas. Una araña de cinco mecheros y de globos de cristal esmerilado colgaba del techo. El ojo de buey, un reloj todo dorado, estaba a la izquierda, encima de un torniquete abierto en la pared. Además, en el fondo, estaba el gabinete reservado, un rincon de la tienda separado por un tabique de cristales ahumados con un dibujo de cuadraditos; durante el día, una ventana que daba a la calle Pirouette iluminaba el gabinete con débil claridad; de noche, ardía en él un mechero de gas, encima de dos mesas pintadas imitando mármol. Allí era donde Gavard y sus amigos políticos se reunían cada noche después de comer. Allí se consideraban en su casa, y habían acostumbrado al dueño a que les reservase el sitio. Cuando el último que llegaba había cerrado la puerta del tabique de cristales, todos sabían que estaban bien guardados, que hablaban con toda claridad de "la gran escobada". Ni un solo parroquiano se hubiera atrevido a entrar allí.

El primer día, Gavard dió a Florencio algunos pormenores referentes al señor Lebigre. Era un buen sujeto que iba a veces a tomar café con ellos. Nadie se sentía coartado por su presencia,

porque el cafetero había dicho un día que se había batido en el año 48. Hablaba poco, y parecía tonto. Al pasar por delante de él, antes de entrar en el gabinete reservado, cada uno de aquellos señores le daba un apretón de manos silencioso, por encima de los vasos y de las botellas. Generalmente, el señor Lebigre tenía a su lado, sobre la banqueta de cuero rojo, a una mujercita rubia, una muchacha que había tomado para el servicio del mostrador, a más del mozo de blanco delantal que se cuidaba de las mesas y del billar. La joven llamábase Rosa, y era muy dulce y muy sumisa. Gavard, guiñando los ojos, contó a Florencio que la chica llevaba la sumisión a su amo hasta muy allá. Por otra parte, aquellos señores se hacían servir por Rosa, que entraba y que salía, con su porte humilde y dichoso, en medio de las más tempestuosas discusiones políticas.

El día en que el comerciante de aves presentó a Florencio a sus amigos, no hallaron ambos, al entrar en el gabinetito acristalado, más que a un señor de una cincuentena de años, de aspecto dulce y pensativo, con un sombrero de color indefinible y un gran pardesú de color marrón. Con la barba apoyada en el pomo de marfil de un grueso junco, delante de un "chop" lleno, tenía la boca de tal suerte perdida en el fondo de una barba fortísima, que su semblante parecía mudo y sin labios.

—¿Cómo vamos, Robine? — le preguntó Gavard.

Robine alargó en silencio la mano, para estrechar la del pollero, sin responder y con los ojos dulcificados todavía por una sonrisa vaga de saludo; después volvió a colocar la barba sobre el pomo del bastón y miró a Florencio por encima de su "chop".

Florencio había hecho jurar a Gavard que no referiría su historia, con objeto de evitar indiscreciones peligrosas; y no le desagradó el ver cierta desconfianza en la prudente actitud de aquel sujeto de la barba espesa. Pero se engañaba. Robine no hablaba nunca más que entonces. Era siempre el primero en llegar, al punto de las ocho, y se sentaba en el mismo rincón, sin dejar el junco ni quitarse nunca el gabán ni el sombrero; nadie había logrado aún ver a Robine con la cabeza descubierta. Allí permanecía, oyendo a los otros, hasta las doce de la noche, empleando cuatro horas para trasegar su "chop", y mirando sucesivamente a los que hablaban, como si les oyera con los ojos. Cuando Florencio, posteriormente, preguntó a Gavard acerca de Robine, el pollero pareció tenerle en muy buena opinión; era un hombre muy fuerte; sin poder decir con claridad dónde había hecho sus pruebas, le pintó como uno de los hombres de oposición más temidos por el gobierno. Robine ocupaba, en la calle de San Dionisio, una habitación en que nadie penetraba nunca. Sin embargo, el comerciante de aves refería que había ido allí una vez. Los encerados suelos estaban protegidos por pasillos de tela verde; había colchas y un péndulo de alabastro con columnas. Madame Robine, a quien creía Gavard haber visto de espaldas, entre dos puertas, debía de ser una dama anciana muy como se debe, tocada con cofia inglesa, pero sin que pudiese afirmarlo. Ignorábase por qué razón el matrimonio había ido a vivir en medio del bullicio de un barrio comercial; el marido no hacía absolutamente nada; pasaba el día no se sabe dónde, vivía de